

FRIEDRICH HÖLDERLIN, *Der Archipelagus*, ed. bilingüe de Helena Cortés Gabaudán, epílogo de Arturo Leyte, Madrid, LaOficina, 2011, 120 págs.

¿Qué semejanza puede haber entre el objeto, la cosa que al fin y al cabo es un libro, y el mundo o mundos que contiene? Un libro, incluso las ediciones más cuidadas, no es, no puede ser un signo icónico, al menos no de su contenido, y sin embargo la edición que reseñamos quiere mostrar –y lo consigue– un vínculo especial con el hermoso poema de Hölderlin. De este, como advierte su editora, disponemos de varias traducciones dignas; Hölderlin dejó huella en Cernuda, y no es el único, entre los poetas nuestros; sin embargo, ninguna como la que nos ocupa. Y eso en dos aspectos, en cuanto al libro y en cuanto al texto.

En cuanto al libro, la contracubierta hace evocar el mar, el mismo mar que resuena en el poema en contraste con la sobriedad de la llamativa cubierta: título y nombres propios en blanco sobre un hermoso fondo rojo. Todo está cuidado, empezando por el papel y los tipos de letra, diferentes para el poema y para la introducción y epílogo. Pero es que, además, las articulaciones del poema están, por así decir, escandidas por cinco espectaculares fotografías: las grullas en vuelo, Atenas bajo la polución, la Wehrmacht izando la bandera de la cruz gamada en la Acrópolis, los turistas en el British ante los mármoles del Partenón, el hundimiento... fotos sobre las que está montada la «contralectura» que quiere ofrecer el epílogo. Fotos que hacen sensible el nihilismo latente en la serena belleza del poema, que no otra es la clave interpretativa que surge del diálogo entre introducción, traducción y epílogo. Y era necesaria la anterior descripción para dar una idea de que no estamos ante *otra* edición de un clásico, sino a la vez ante algo así como el manifiesto de una cierta forma de entenderlos, y con ellos, nuestra cultura.

En la introducción, Helena Cortés, autora de unas muy útiles *Claves para una lectura de Hiperión* (Madrid, Hiperión, 1996), sitúa el poema con respecto a su género: lo que es un himno al dios del mar y recoge fragmentos épicos de la historia griega –Salamina, Maratón–, acaba por definirse como elegía por la imposibilidad de Grecia. Una Grecia ideal que solo puede existir por obra y gracia del poema –y qué maravillosamente–, y que se determina como religión de la belleza, destino histórico, e ideal democrático, único que permite ese florecer al que llamamos Grecia. Por eso se puede hablar de Grecia como

acontecimiento. El paso siguiente será situar el poema respecto de la Alemania de 1800, pues Hölderlin ocupa allí una posición muy personal, que le convierte en el más profundo y original crítico a la vez que protagonista del primer Romanticismo. Pues él no se engaña en cuanto a la pérdida de la Grecia antigua tanto como de la Alemania futura (por cierto, a diferencia de lo que le ocurrirá a Heidegger). Y todavía hay que situar *El Archipiélago* en la biografía y producción de su autor, que muy poco después de publicarlo, en 1804, ingresará en la clínica de Tubinga y entrará en ese corredor sin retorno que se prolongaría hasta su muerte, en 1843.

La segunda mitad de la introducción está dedicada a un extenso y minucioso estudio del hexámetro y sus posibilidades de adaptación al español. Y es que el verso es inseparable de esta traducción, de hecho, como dice el epílogo, es el doble artificio del verso y la imagen lo que la distingue. Aparte del muy conocido poema de Rubén Darío, son más bien los filólogos clásicos los que han intentado aclimatar el hexámetro al español –recuerdo la muy reciente y espléndida *Odisea* traducida por J. M. Pabón–. Y es el caso que sin el hexámetro, verso épico, no se entiende *El Archipiélago*: de otra manera no percibiríamos el vaivén del mar que tan característico resulta del poema. Hay que decir que la traductora consigue mantener tono y ritmo sin desmayos de principio a fin, y conservando el sentido; aunque para ello haya de apartarse de la línea de la frase original o hacer más explícito lo que solo estaba apuntado. Pero lo advierte, y, en conjunto, la impresión es, dicho en pocas palabras, que uno verdaderamente ha leído *El Archipiélago*, uno de los más bellos poemas de la poesía europea, y no solo romántica. Pues, en efecto, Hölderlin, que no ha estado nunca en Grecia, la suya es una Grecia poética, la hace realmente existir en el poema: el dios del mar sostiene las islas, y entre ellas, la Atenas primero arruinada por el persa y luego victoriosa en Salamina. Y todo desde un presente en que, «aunque nunca ya el griego te cante», las olas resuenan en el alma del poeta, que se orienta ya hacia el silencio.

Hablamos al principio de «contralectura», y es que no es aquí cuestión de filología (aunque no faltan las notas, que, sin ostentar erudición, se encaminan a que el poema se comprenda). O, mejor, no es cuestión de solo filología, por principio siempre reconstructiva. Lo que cuenta, para decirlo con Gadamer, no es lo que el que escribía dijo originariamente, «sino lo que habría querido decir si yo hubiera sido

su interlocutor originario». En otras palabras, ¿es posible Grecia hoy, cuando Hölderlin era consciente de su imposibilidad ya en su tiempo, en 1800? Y así encuentran sentido y función las fotografías que mencionamos y el epílogo de Arturo Leyte que arranca desde ellas para responder a la pregunta.

El punto de partida establece la situación hermenéutica: Grecia no es herencia que se pueda reconstruir, ni futuro destino, ni utopía ideal, ni material poético de nuestra cultura, es «una señal irrevocablemente perdida cuyo parpadeo solo se puede registrar poéticamente, sin garantía alguna de éxito» (p. 107). Así las grullas, que marcan el comienzo, aún lírico por ser eso, comienzo; luego la imagen más propia sería la de las aves petroleadas mostradas a propósito de la guerra de Irak... que ni siquiera eran de Irak, sino de un naufragio muy anterior. Luego, la Atenas bajo el manto de polución, porque hoy la ciudad es la metrópolis invivible por su propia desmesura. Después la Wehrmacht en la Acrópolis, que tampoco es la Wehrmacht, ni siquiera Oriente contra Occidente o viceversa, sino «todos contra todos por el poder y la dominación» (p. 179). Después el museo, lugar del desarraigo y el turismo, tal vez la imagen más plástica de la «única república hoy posible» (p. 116). Y finalmente, el hundimiento, el último lugar del yo que recuerda. De esta manera, progresando a través de los cinco pasos que marcan las fotografías, se cierra la contralectura de *El Archipiélago* que el presente permite. Y culmina una aventura, textual y editorial, digna de reconocimiento. Pero nótese que, contra lo que una visión apresurada pudiera concluir, la insistencia en el lado político del pensamiento de Hölderlin, y el hecho mismo de la aventura editorial que aquí se muestra constituyen la mejor refutación para cualquier tentación de inacción o abandono.

FERNANDO ROMO FEITO
Universidade de Vigo